

Defensa exagerada de los animales

José Antonio Mesa Toré



Arte Románico Códices y Bulas.
Visión del Arca de Noé (Detalle)

En las poderosas imágenes de los documentales sobre el reino animal he aprendido más acerca del género humano que en el trato diario con los individuos de mi especie. No exagero: la organización social, la aceptación de una jerarquía basada en el derecho de cada ser a luchar por la hegemonía en el clan, el instinto de supervivencia, las ceremonias de apareamiento, los rituales de iniciación en la caza, la defensa o el cortejo erótico, los sofisticados sistemas de comunicación —colores, olores, sonidos, tacto— que usan los animales no es que recuerden a nuestro proyecto de vida, a nuestra estructura social y costumbres, a nuestro códigos de expresión, sino que parecen a todas luces ser la plantilla con la que hemos garabateado lo mucho o poco que somos.

A fin de cuentas, tantos miles de años de evolución nos han servido para saber que nuestra cadena de ADN se diferencia mínimamente de la del chimpancé. Un cambio insignificante, un irónico premio en la lotería del Universo y hemos acabado siendo racionales y, en consecuencia, dominantes. Sin embargo, nunca dejaremos de ser animales y, las más de las veces, más animales que los animales.

Esa conciencia de detentar el poder nos ha permitido, con la impunidad de quien se sabe señalado por los dioses, construir el mundo y destruir el mundo a nuestro antojo. Nuestro primer gran éxito profesional fue que nos expulsaran del Paraíso: el primer despido laboral de la historia. Echarle la culpa a la serpiente fue la muestra más fiable de la catadura moral que sustentaba el barro con el que nos habían dado forma.

El ejercicio de la razón nos haría descubrir el fuego de las palabras, como si al golpear el pedernal del cerebro con el pedernal del corazón hubiese saltado la chispa de la inteligencia y, con tan prodigiosa música, nuestras vértebras se hubiesen despegado de la tierra para ponernos a mirar el mundo por encima del hombro. Por encima del hombro, el hombre podía ya contemplar soberbiamente cuanto le rodeaba, animales incluidos.

Ser los reyes de la creación es un éxito, sobre el que seguimos insistiendo, pese a que nuestro largo período de reinado sea un rotundo fracaso. La Madre Naturaleza, que nos aupó al trono, ha sido desde entonces el teatro de nuestra devastación. Y los animales —los otros, los brutos, los bichos, las bestias incapaces de razonar— han sido casi siempre nuestros amedrentados vasallos, las víctimas de un complejo de inferioridad con pies de barro, nuestro platos exquisitos a la mesa, nuestras



Los Animales entrando en el Arca 1260-70



Jan Brueghel (El Joven)

Los animales entrando en el Arca, 1613-1615



Jan Bruegel (El Joven)

El Paraíso, 1620

pieles para el invierno, nuestros bufones para la soledad cuando no los trofeos en el ostentoso cementerio de la taxidermia.

Salvo en la lealtad y en el hecho increíble de que no maten por matar, cada día me creo más semejante a esos seres que embellecen el mundo y le dan sentido a la naturaleza, una nota de color o de música en las selvas y en los mares, una mirada de ternura o de fiereza en los bosques y en las granjas, la profundidad en los ríos y el adorno en los jardines, la temperatura de nuestras casas y el paisaje de nuestras ciudades.

Pero también, me creo más hermano de esos seres cuyos chillidos de dolor o cuyas bocanadas de melancolía cuestionan razonablemente los zoológicos, las reservas, los mercados, el matadero...

Porque ellos son, para el mundo y para nuestra vida, el verdadero equilibrio. La vida de nuestra vida.

Conviene diferenciarse de los brutos

La razón, la palabra —no tendremos en cuenta la del papagayo, el loro y derivados, que son meras reproducciones sin creatividad alguna del lenguaje humano— y la risa —no vale la de la hiena, por estar desierta de cualquier emoción— se han propuesto como hechos diferenciales entre el género humano y el resto de las especies animales. Y, sin embargo, nuestros animales de compañía, por ejemplo, comprenden nuestras órdenes, acuden a una llamada, responden a sus nombres, se comunican entre ellos sin necesidad de la palabra, presagian con horas de antelación una catástrofe natural, saben también que su dueño, que conduce un coche a cinco kilómetros de la casa llegará en unos minutos, y en su mirada son capaces de expresar con profundidad y nitidez sorprendentes la alegría o la tristeza, la risa o el llanto. Sin razón, sin palabras, sin risas. Dijo Mark Twain que el hombre es el único animal que se ruboriza. Deberíamos preguntarnos muy seriamente por qué si nuestro gato no se pone colorado cuando vomita en público o si nuestro perro se aligera sin ningún remordimiento de los gases enmarañados en el intestino nosotros tendemos con tanta facilidad a sonrojarnos. Cuando veo los documentales, en las cosas que no le pasan a los animales y a



Jacob Savery Los animales
entrando en el Arca s. XVII

nosotros sí nos pasan intuyo que salimos perdiendo en mucho. Y entonces uno se ríe por no llorar, y entonces cualquiera se ruboriza.

Hablar. Escribir. Hemos sido capaces de nombrar las cosas, el mundo, la naturaleza, lo concreto y lo abstracto, las partes de nuestros cuerpos y los órganos de nuestras almas. Signos que definen el mundo real y la irrealidad del mundo, signos que componen un sistema, un código, un puente sonoro y luminoso entre dos soledades a oscuras y en silencio. Un sonido que acapara un matiz, una molécula, un poro de la realidad o del sueño y al que, además, supimos darle cuerpo en trazos, ideogramas, letras, sílabas, palabras, sintagmas... Salvadas las distancias con los brutos, iba siendo hora de dejar claro, a través también y muy notoriamente del lenguaje, nuestro poder sobre los demás seres de la naturaleza. Es verdad, no obstante, que hemos ideado algunas frases hechas benévolas o adulatorias para con los animales —«tener vista de lince», «ser fuerte como un león», «ser más fiel que un perro», etc.— pero, son más las veces en las que hemos cargado las tintas para vapulearlos, encontrando siempre una metáfora en el reino animal para describir los vicios y defectos del hombre —«ser un cerdo, un burro o una zorra», «estar hecha una vaca o loco como una cabra», «tener menos cerebro que un mosquito» y un larguísimo y deplorable catálogo de descalificaciones hacia las bestias y hacia nosotros mismos—. Como no podía ser de otra manera, cuanto más hemos querido distanciarnos, diferenciarnos de nuestros compañeros de viaje en la maravillosa aventura de vivir, acusándolos de salvajes y atribuyéndoles las peores bajezas, nos hemos ido retratando con mayor fidelidad como lo que verdaderamente somos: los habitantes más indeseables del planeta.

Pero siempre nos quedará el arte

En la oscura noche de los tiempos, cuando el hombre que adoraba el sol y la luna aún no se sentía dueño del mundo, en la fe de que representar los animales le reportaría suerte —o sea, comida, sustento— o como ofrenda y agradecimiento a las fuerzas mágicas de la naturaleza, llenó sus guaridas con las siluetas de los seres que rivalizaban con él en la subsistencia. Pero, sin saberlo, los



Lovis Cornith El Arca de Noé s. XIX

seres que alumbraba en los rugosos pliegues de las cavernas, sin ser otra cosa, no eran los mismos que se dispondría a cazar al disiparse las sombras de la noche. Porque había alumbrado el Arte, la ficción, lo real fantástico, el ser que no es, la luz que nace de la oscuridad, el misterio que explica sin acabar de explicarlo el misterio de la vida. Desde entonces y para siempre, como era natural, el hombre ha sido muy sensible en sus diferentes y evolucionados lenguajes artísticos a la existencia de los animales. En la arquitectura, en la escultura, en la pintura —que volverá a los orígenes esquemáticos de aquellas grutas como a una lección magistral y eterna—, en la escritura... de todos los tiempos, de todas las épocas, de todas las generaciones el hombre sensible no podrá —ni querrá— olvidarse de que comparte el escenario de su tragicomedia, un planeta azul, con los sencillos, y humildes, y sorprendentes, y aun más misteriosos que él, animales. Millones de animales, agrupados en miles de especies, de géneros, de familias, de grupos, de clanes, de manadas, de bandadas; surcando los aires, deslizándose por las profundidades marinas, levantando el polvo de la tierra, posados en una rama o invisibles, de tan mínimos, a nuestros ojos; estos nuestros ojos que siguen perplejos ante esa perfecta estructura biológica que le da consistencia y sentido al mundo.

A veces como un detalle —esos perros de Velázquez que se comen el cuadro— y a veces asumiendo el protagonismo —como en todos los poemas que aquí se recogen—, los artistas se han rodeado,

en la vida y en la obra, fuese cual fuese su época, de la ternura y de la fiereza, del sol y de la luna que brillan en los ojos de todos los animales, incluso de los que son ciegos, incluso de los que mueven a la repugnancia. Porque también el Arte ve como un lince y es al tiempo ciego como un murciélago; y porque, sin problema alguno, el Arte acoge en su nido lo bello y lo feo. Canta y gruñe. Se arrastra y vuela.

En el Arte y en la Ciencia, que hasta no hace bien poco andaron siempre mezclados y a trechos confundidos, la presencia del reino animal fue siempre casi tan importante como la del ser que pensaba en ellos. Podríamos decir que cuando el hombre abre los ojos al mundo lo primero que ve —y no olvida— son los animales. Así que sus obras se señorean con la participación constante de los animales. Que serán símbolos en las religiones, en las mitologías, en los libros que pretenden explicar el Universo, en las piedras que aspiran a eternizar un instante de la Historia. De aquí nacerán las fábulas, el hombre les concede a los animales la facultad de hablar, de razonar; su imaginación le llevará a la creación de monstruos, de seres fabulosos, descabellado rompecabezas de partes corporales pegadas unas a otras para dar luz a un animal nuevo, distinto de todos los conocidos; y, en primer lugar, a falta de mejores respuestas científicas, tratará de explicar el origen de la vida y su propia existencia por medio de cuentos cuya ingenuidad y candor no dejan de ser mimbres primitivos de la poesía. De monumental podemos calificar la creación por parte del hombre de esa increíble, y sin embargo embaucadora historia, del Arca de Noé. Dios, por mediación claro del hombre, salva a los animales de la extinción instantánea, cataclismo que se

condensa en un diluvio, universal por más señas. El hombre, que aniquila impunemente una especie tras otra, salva a todas las especies. El Arca queda a salvo de las lluvias torrenciales con su carga de matrimonios bienvenidos y, de paso, el hombre, el Salvador en línea directa con Dios, salva su conciencia. Hermoso relato dictado por las neuronas del *homo sapiens*. Muchos milenios después, las neuronas de uno de sus descendientes publican una novela en la que no olvidan sacarle pasaje a una pareja de carcoma que pone en serio peligro la integridad del Arca y su procelosa aventura hasta empantanar en el monte Ararat. El hombre, quiera o no quiera, no puede olvidarse de los animales.

Litoral. Animalia: lo que hemos hecho y lo que queríamos hacer

He de confesar que me sentía como pez en el agua cuando, a instancias del director de *Litoral*, preparaba los números dedicados a la poesía del mar, del autorretrato o del deporte. Todos me tocaban: por práctica, por vanidad o por submarinismo. Si este *Litoral Animalia* me hubiese sido propuesto hace cinco años, yo no hubiera aceptado de ninguna de las maneras. Como tanto otros hombres de bien, a mí los animales me importaban tanto como la nueva colección de *Armani* para el otoño, los soportaba en la pantalla de mi televisor y en un plato de un buen restaurante y les tenía tal miedo que, oliéndomelo, me tomaban en la casa de los mejores amigos y en cualquier acera por una acobardada presa a la que eliminar en un segundo. Así que los poemas sobre animales aunque me emocionaran –cómo no emocionarse ante ese *¿Dónde cantan los pájaros que cantan?* de Juan Ramón– los olvidaba nada más leerlos. Y si los olvidaba, no podía vertirlos en una antología. Pero, y de verdad que no vuelvo a exagerar, un animalillo me cambió la vida y, en paralelo, mi consideración sobre el mundo animal. Llegó, por insistencia, como regalo para mi mujer, que es alemana, a nuestra casa. En recuerdo de un amigo de la infancia, que era de origen alemán, y que se tiró del balcón del octavo piso en el que se desvivía y en homenaje al protagonista, que se tiró en un paracaídas sobre un bosque, de una película titulada *Los amantes del Círculo Polar Ártico*, le llamé Otto. Es un fox-terrier loco y travieso, amante de mis zapatos y destructor de muchos libros (en cuya dedicación atisbo cierto gusto literario), que sin embargo ha llenado de vida nuestro hogar y que me ha reconciliado con la fauna hasta el punto de aceptar este encargo de *Litoral* y de escribir esta exagerada defensa.

Otto me ha recordado, en la memoria familiar, aquel perrillo de mi padre que era capaz de dirigirse campo a través hasta

la estación más cercana, esperar pacientemente el tren de cremallera con destino a Málaga, subirse en uno de los vagones y apearse en Vélez, donde sabía que encontraría a su dueño, a veinte kilómetros de su casa. Otto me ha recordado, en la memoria cultural, los cromos de mis álbumes de ciencias naturales, pegados, a falta de pegamento, con una pasta de harina a la que llamaban gachuela y en los que cantaban los pájaros que cantan y rugían los auténticos leones de la selva y no los que habían visto mis ojos de niño como tristes trozos de trapo tropezando por la pista de un circo. Otto me ha descubierto la poesía sobre los animales y, con la inestimable ayuda de Antonio Lafarque, me he puesto a husmear sus rastros por páginas y páginas. En esa gozosa tarea nos hemos percatado de que también en el período que nos propusimos estudiar, el siglo xx y estos pocos años del nuevo milenio, los poetas de lengua española, siguiendo la tradición, han tenido siempre un momento de inspiración en el que reflexionar sobre la presencia de los animales en el curso de nuestras vidas. El tema

ha dado tantísimos frutos que la ingrata labor de seleccionar los textos que finalmente se publicarían nos ha llevado más tiempo que la de documentarnos. Nuestro criterio, bien discutible, se ha guiado por incluir cuantos más animales mejor en esta Arca de papel, por lo que hay poetas que tienen más

vidas y poemas que los gatos y otros que sólo se asoman a los ojos de buey con una única línea. Pero, al menos a nosotros, no nos importa: como digo, queríamos, rememorando un álbum de la A a la Z, que Noé se quedara contento con nuestra selección. Y también con la que, referida al Arte, ha realizado Lorenzo Saval, poniendo estampas que ilustraran los poemas que nosotros íbamos pescando. Teníamos tanto entre lo que escoger, que ahora tenemos una vaga sensación de que hemos flotado el Arca demasiado vacía, con más de una ausencia notable –de poetas y de animales–. No obstante, la bibliografía que pone fin al número nos da cierta tranquilidad, pues quien desee embarcarse con más lujo de detalles en la poesía acerca de los animales tiene aquí asegurada una buena navegación o un lírico safari. *Litoral* os invita a cazar poemas que hablan sobre los animales. Porque, ¿qué cosa es un lector de poesía, sino un cazador de poemas?



Guillermo Silva Santamaría El Arca de Noé, s. xx